

Secretaría de Prensa

DISCURSO DE S.E. EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA,
D. PATRICIO AYLWIN AZOCAR, EN INAUGURACION DE LA
VII CUMBRE PRESIDENCIAL GRUPO DE RIO

SANTIAGO, 15 de Octubre de 1993.

Excelencias, señoras y señores:

Para el pueblo de Chile y su gobierno es motivo de especial satisfacción recibir en nuestra tierra a los Jefes de Estado y de Gobierno del Grupo de Río, naciones afines que no sólo comparten un mismo legado sino que proyectan en forma colectiva sus valores básicos y pretenden forjar en común el futuro al que aspiran.

En nombre del pueblo de Chile les agradezco el honor con que nos han distinguido y les doy la más cordial bienvenida a nuestra Patria.

Nos reunimos en un momento de esperanza para el futuro político y económico de la región y de franca consolidación de nuestra agrupación regional. Esperanza, porque los países de América Latina y el Caribe mantienen vivo su firme compromiso con la democracia, vuelven a emprender la senda del crecimiento y del desarrollo y toman conciencia creciente de los imperativos de la equidad social. Consolidación, porque el Grupo de Río se ha transformado en el principal foro político de las naciones de América Latina y el Caribe, haciendo posible alcanzar valiosos consensos y formular propuestas para abordar colectivamente los problemas que reclaman a nuestros pueblos.

Tan sólo siete años atrás, la primera Reunión Presidencial del Grupo de Río se celebraba en un contexto bien distinto. América Latina transitaba por una de las etapas más turbulentas y difíciles de su historia, las economías de la región se debatían en una crisis marcada por la agudización de viejos desequilibrios económicos y sociales, la recesión interna, el deterioro simultáneo y persistente de la producción y el ahorro, la caída del ingreso real y, por cierto, el agobiante peso de la deuda externa.

Aunque la democracia se había extendido nuevamente en la región, en varios países, entre los que se incluía Chile, se seguían negando las libertades básicas y se mantenían en el poder regímenes autoritarios. América Central continuaba sumida en un conflicto inextricable que sólo parecía agravarse. Asimismo, varias naciones de nuestra región permanecían al margen de este importante mecanismo de consulta y concertación política, limitando su función como interlocutor regional frente a otros países y grupos de países.

Siete años después, el panorama regional parece más alentador, aunque ciertamente subsisten importantes desafíos. La democracia se ha extendido a casi todos los países de América Latina. Naciones hermanas han logrado sortear con admirable fortaleza y éxito graves situaciones institucionales, manteniendo el orden constitucional y el estado de derecho. El respeto a los derechos humanos se ha convertido en la regla y no en la excepción.

Pese a las complejidades de transiciones que se han realizado en contextos muy difíciles, el populismo y el autoritarismo, sean de izquierda o de derecha, han perdido su poder de atracción en América Latina. Cada vez hay mayor consenso en torno a los grandes principios que han de regir la vida política de nuestros países.

También vivimos tiempos más alentadores en el campo económico. Hemos pasado de la década perdida a la década de la esperanza. Pese a los pronósticos pesimistas y hasta catastróficos sobre las posibilidades de recuperación de América Latina, la región se demostró capaz de superar los desafíos que se le presentaron, y con decisión sin precedentes acometió las reformas necesarias para sanear sus economías, modernizar sus estructuras productivas, ampliar su base exportadora y comenzar a enfrentar los retos de la justicia social.

Estamos recuperando tasas que en tiempos no muy lejos nos convirtieron en una de las áreas de mayor crecimiento económico en el mundo. Nos estamos incorporando a una economía mundial cada vez más integrada e interdependiente. La transformación de nuestras economías ha implicado un costo muy elevado para nuestras poblaciones. Especialmente durante los últimos años, hemos encontrado un entorno económico internacional adverso y poco propicio. Sin embargo, hemos comprendido que ni las quejas ni las reivindicaciones retóricas sobre el orden internacional nos hacen avanzar en el camino del desarrollo. Estamos asumiendo de manera directa y más madura nuestras propias responsabilidades.

Nuestros vínculos regionales se están fortaleciendo. Los países centroamericanos lograron conjurar la amenaza de una conflagración regional de imprevisibles consecuencias y han reafirmado su confianza en el diálogo y la reconciliación como únicas vías para vencer los graves problemas que todavía persisten

en algunos de ellos. En toda la región se observa una voluntad inédita para dejar atrás antiguas disputas vecinales. Las rivalidades heredadas del siglo pasado se rinden ante los valores e intereses compartidos y los imperativos de la interdependencia.

La evolución del Grupo de Río es un fiel reflejo del nuevo espíritu de cooperación regional que nos anima. Aunque no pretendemos arrogarnos la representación de toda la comunidad latinoamericana y del Caribe, resulta difícil concebir una instancia más amplia y pertinente para la articulación de nuestra cooperación política regional. Así lo han entendido algunos de nuestros principales socios en el mundo, con los que nuestros Ministros se reúnen periódicamente en instancias de diálogo, a las que asignamos cada vez mayor importancia.

La situación favorable que vive la región no debe conducirnos al exitismo o a la autocomplacencia. Queda todavía mucho por hacer. Nuestras democracias no son completas. Muchas de nuestras instituciones políticas se revelan insuficientes para abordar los retos del siglo que viene. El poder político parece a veces demasiado alejado de las inquietudes e intereses del ciudadano común. En nuestras sociedades se manifiestan desigualdades sociales muy profundas.

Hemos experimentado modernizaciones importantes, pero se mantienen grandes sectores marginados, que están virtualmente excluidos de las bondades de la vida moderna. Las instituciones del Estado requieren grandes transformaciones. No podemos renunciar a la indispensable función reguladora del Estado en la vida moderna, pero ella debe ser cumplida de manera más eficiente y tecnificada, y con pleno apego a los principios de la probidad pública.

Debemos afinar los mecanismos colectivos que hemos desarrollado para promover la defensa de la democracia y de los derechos humanos. En 1991, en el seno de la XXI Asamblea General de la Organización de Estados Americanos, celebrada en esta misma ciudad, nuestros países contribuyeron en forma decisiva a la adopción del "Compromiso de Santiago con la Democracia y la Renovación del Sistema Interamericano" y a la resolución sobre "Democracia Representativa". Estos instrumentos generaron un mecanismo de respuesta automática frente a situaciones de interrupción ilegal del proceso democrático en cualquier nación de la OEA, que ya ha debido aplicarse en varias oportunidades. La experiencia ha demostrado el valor de este mecanismo, sin perjuicio de que permanezca todavía un amplio espacio para su perfeccionamiento.

Más allá de estos instrumentos jurídicos y formales, nuestros países han reaccionado con energía y realismo frente a las interrupciones o amenazas de interrupción de la institucionalidad democrática en las naciones que integran nuestro Grupo o del resto de la región latinoamericana. Sabemos que la democracia no puede imponerse desde afuera, pero también sabemos que el apoyo y la

solidaridad externa son esenciales para cautelarla.

Hemos actuado con firmeza, pero también con prudencia. Hemos desplegado grandes esfuerzos para adoptar posiciones consensuales sobre temas a menudo difíciles y sensibles para nuestros países. Los resultados alcanzados han sido superiores a los que esperábamos en los momentos iniciales y, con sus inevitables limitaciones, son satisfactorios.

En esta etapa parece oportuno reflexionar sobre la cooperación para la consolidación de la democracia. Debemos poner más énfasis en la cooperación preventiva, esto es, aquella que contribuye a la profundización de los valores democráticos en nuestras sociedades, aquella que apunta al fortalecimiento de nuestras instituciones. No podemos permanecer pasivos frente a los a veces angustiosos problemas de construcción y reconstrucción democrática que viven algunas naciones hermanas situadas en el área de Centroamérica y el Caribe. Tenemos que fortalecer nuestras capacidades colectivas para proveer ayuda oportuna y efectiva, y contribuir a la realización de las reformas económicas y sociales que hacen viable a la democracia en una perspectiva a largo plazo. Un impulso en esta dirección abriría asimismo un interesante potencial de cooperación con nuestros amigos y socios del resto del mundo con los que compartimos valores políticos comunes.

Estamos conscientes de que la promoción y fortalecimiento de la democracia constituye una tarea compleja y delicada en un mundo de Estados soberanos. Sabemos que la no intervención es un concepto esencial en la historia de la región, que no debe ni puede ser puesto en duda.

Queremos señalar, no obstante, que tampoco podemos aceptar que la no intervención se levante como un muro de contención contra el respeto a la democracia y los derechos humanos, principios que todas nuestras naciones se han comprometido a respetar por medio de instrumentos internacionales.

Además, la cooperación para el fortalecimiento de la democracia debe establecerse sobre una base voluntaria, tanto desde el punto de vista de los oferentes como de los beneficiarios.

El ritmo de la historia sigue acelerado. La vorágine de cambios mundiales que se desencadenó a fines de la década pasada no se ha detenido. Al derrumbe de los muros ideológicos en Europa sucede ahora un esperanzador proceso de paz en el Medio Oriente, que provoca alegría y admiración y que tiene un profundo significado para el mundo entero.

América Latina y el Caribe no pueden ser indiferentes a los cambios que se están registrando más allá de nuestras fronteras. Vivimos en un mundo crecientemente interdependiente, pero también de considerable incertidumbre. Las consultas entre nuestros

países y los contactos y encuentros con los principales interlocutores externos se hacen cada vez más necesarios y útiles. Más todavía si pretendemos hablar con voz propia y elevar nuestra participación en el sistema internacional que se está configurando. Nuestra región debe seguir fortaleciendo sus capacidades de interlocución con el resto del mundo, combinando de manera flexible y creativa los contactos bilaterales y multilaterales.

Los diálogos externos que ha sostenido nuestro Grupo durante este último año, han sido extremadamente fructíferos. Por una parte, ellos nos han proporcionado una oportunidad para intercambiar opiniones y definir posiciones en un momento en que la escena internacional se modifica rápidamente y en que se configuran nuevos espacios de asociación y cooperación. Por la otra, se ha tratado de instancias para abordar cuestiones de interés especial y explorar nuevas posibilidades de cooperación con países, o grupos de países, de gran relevancia para la región. Nuestro tradicional diálogo con la Comunidad Europea y sus países miembros, el primero que inició nuestro Grupo, sigue demostrando su utilidad, aun cuando no siempre veamos satisfechas nuestras expectativas, sobre todo en el terreno comercial. Constatamos con satisfacción la apertura de una nueva instancia de diálogo con el Japón, una potencia de creciente presencia en nuestra región. Estamos ciertos que próximamente se abrirán instancias similares con algunos otros socios de interés especial para América Latina.

Nuestros países también deben hacer oír su voz con respecto a los principales cambios políticos globales que se vislumbran en el horizonte. Debemos contribuir a articular nuevos consensos regionales y globales en torno a cuestiones tan vitales para nuestro futuro como la protección de los derechos humanos, la preservación del medio ambiente, la lucha contra el narcotráfico y el terrorismo, y la creación de un clima de mayor confianza y seguridad entre los Estados.

Estamos en condiciones de realizar este aporte. Nuestra región no está contribuyendo a las incertidumbres que caracterizan al sistema internacional actual. Mientras que otras regiones se ven desgarradas por viejas disputas étnicas y religiosas, los países de América Latina y el Caribe se estabilizan y fortalecen sus mecanismos de cooperación. Estamos haciendo importantes progresos para mejorar nuestra seguridad regional. Hemos realizado avances muy significativos para la consolidación en América Latina de una zona libre de armas nucleares y de destrucción masiva.

Por caminos diversos, pero afines, nuestros países están dando relevantes pasos para lograr una mayor integración económica. A través de procesos abiertos, graduales, flexibles y pragmáticos, caminamos decididamente hacia una América Latina más unificada, aunque no necesariamente uniforme. La nueva arquitectura regional se encuentra en pleno diseño. Las vías que hemos elegido a veces desbordan los marcos establecidos en los

respectivos acuerdos. Las inversiones se incrementan substancialmente antes de que entren en vigencia o se pacten los respectivos tratados de protección de las mismas o los acuerdos comerciales. El intercambio se expande, superando los esquemas subregionales o bilaterales. El comercio de servicios se intensifica, sin que existan normativas previamente establecidas.

No cabe extrañarse frente a estas tendencias. La integración real, no la retórica, requiere de un flujo de bienes y de servicios verdaderamente significativo. Requiere también de una infraestructura física más sólida y eficiente. El hecho de que estos esfuerzos rebasen o desborden a las instituciones y acuerdos formales no es necesariamente negativo. Sin embargo, revela la necesidad imperiosa de que las instancias de integración y de cooperación en la región se adapten rápidamente a las nuevas realidades y reflejen en su accionar la dinámica extraordinaria que se está generando en los sectores privados y también en las negociaciones oficiales.

También revela la conveniencia de entender que no hay un modelo o vía única hacia la integración, sino que aproximaciones plurales y múltiples, en que se incluyen enfoques bilaterales, subregionales, regionales y hemisféricos. Esta realidad plantea la urgencia de armonizar, de manera flexible y realista, los diversos esquemas que están en marcha.

A la vez, debemos mantener un compromiso muy firme con el regionalismo abierto, principio que postula la conveniencia de los acuerdos regionales como mecanismos para la expansión del comercio y las inversiones, pero que sostiene también la necesidad de que estos acuerdos sean plenamente congruentes con la liberalización del comercio regional y mundial.

La integración no consiste solamente en la liberación del comercio recíproco o en la promoción de los servicios. Por cierto, es importante perseverar en la obra actual. Debemos continuar derribando las barreras que traban nuestro comercio, seguir promoviendo la activa participación de los sectores empresariales y hacer los arreglos de infraestructura necesarios para superar los formidables obstáculos geográficos que a menudo nos separan.

Pero todo ello sería insuficiente si no nos preocupamos de las otras áreas que forman parte de un verdadero proceso de integración. Debemos consolidar nuestro diálogo político y fortalecer nuestra concertación en materias internacionales. Debemos preocuparnos de enriquecer nuestro patrimonio cultural, armonizar nuestros sistemas educativos, y generar un ambiente propicio para realzar y fortalecer lo que tenemos en común, por sobre lo que nos pueda haber separado en el pasado.

La ciencia no reconoce fronteras y podría constituirse en un importante peldaño en el difícil pero ascendente camino de la

integración regional. La existencia de problemas similares y capacidades complementarias en ciencia y tecnología abre un fértil terreno para la cooperación. Sólo aunando nuestros limitados recursos e infraestructuras, será posible lograr un desarrollo científico y tecnológico verdaderamente significativo en nuestra región. La visión de la integración para el próximo siglo debe rescatar un enfoque comprensivo que incluya a todas estas áreas y sectores.

Estamos enfrentados a un entorno económico difícil, marcado por tendencias recesivas que afectan a algunos de los principales mercados mundiales. Precisamente cuando la apertura de nuestras economías se consolida y comienza a rendir frutos, constatamos el recrudecimiento del proteccionismo. Hoy día nuestras exportaciones encuentran trabas sustanciales en los mercados del mundo desarrollado. Múltiples y gravosas cuotas y restricciones limitan nuestros volúmenes exportados. Es imprescindible que la retórica del libre comercio se traduzca en hechos reales.

La suerte de las economías latinoamericanas, cada vez más abiertas al mundo, está ligada a la liberalización del comercio mundial y, concretamente, al éxito de la Ronda Uruguay. El enfoque constructivo que hemos adoptado para lograr un sistema de comercio multilateral más abierto, contrasta con la morosidad demostrada por algunas de las principales potencias comerciales del mundo. Nos debe preocupar el propósito de varios países industrializados de debilitar las nuevas normas que se han negociado y de limitar fuertemente los tímidos resultados que podrían lograrse en la esfera del comercio agropecuario. Un sistema multilateral de comercio no discriminatorio y reforzado es esencial para el sano desarrollo de nuestras economías.

La nueva agenda del comercio internacional que se deberá abordar después de la Ronda Uruguay abarca, al menos, dos temas respecto de los cuales tenemos la obligación de asumir una posición de atenta observación e iniciativa. Uno apunta a la relación entre medio ambiente y comercio, en que es imprescindible alcanzar un equilibrio entre la protección del medio ambiente y la defensa de un comercio más libre y no discriminatorio. El otro se refiere a la necesidad de asegurar que todos los países protejan de manera adecuada el funcionamiento sano y abierto de sus propios mercados, evitando que prácticas reñidas con la libre competencia interna, menoscaben o anulen los beneficios derivados del comercio internacional.

También nos inquietan las tendencias que pueden contribuir a la formación de bloques comerciales cerrados. Nuestros países no deben contribuir a su formación. Por el contrario, nos interesa asegurar una inserción diversificada y equilibrada en la economía mundial, y por ello estamos decididos a dar nuestro aporte en pro de la profundización del multilateralismo.

Nuestras aspiraciones económicas sólo cobran sentido si

implican un mejoramiento sustantivo en las condiciones de vida de las grandes mayorías de nuestros países. Crecimiento económico y justicia social constituyen dos elementos de una misma ecuación. Sin crecimiento, sólo hay pobreza para repartir. Sin un esfuerzo sostenido en favor de la equidad social, el crecimiento no sólo pierde su razón de ser, sino que se ve amenazado por las tensiones derivadas de las privaciones de grandes sectores de la población.

Se hace necesario definir un enfoque amplio del concepto de desarrollo social que permita a América Latina y el Caribe abordar los tres grandes objetivos de la Cumbre Mundial sobre Desarrollo Social que tendrá lugar en Copenhague, en 1995: fomentar la integración social, mitigar y reducir la pobreza, y aumentar el empleo productivo. Para estos efectos se requiere de un enfoque integrado, que aborde de manera simultánea y complementaria la transformación productiva y la equidad.

La pobreza sigue siendo el problema más dramático de nuestra región. Se estima que a comienzos de los años noventa cerca de 200 millones de latinoamericanos -el 46 por ciento de la población total- no logra satisfacer sus necesidades fundamentales. Noventa y cuatro millones -el 22 por ciento de la población- sufre una situación de pobreza extrema. El fenómeno de la pobreza se ha extendido a sectores de la población que se desempeñan en el área pública y en empresas medianas y grandes, esto es, fuera de los segmentos de menor productividad del mercado laboral.

Estas cifras no deben llevarnos al desaliento y al fatalismo. El progreso económico y social genera una oportunidad única para incrementar el grado de cohesión en la sociedad. Hay posibilidades reales para cerrar el círculo virtuoso entre desarrollo e integración social. Debemos buscar enfoques que articulen de manera innovadora las políticas económicas y las sociales, en un contexto de fortalecimiento de la democracia y de desarrollo sostenible. Al mismo tiempo, la globalización de la economía y de las comunicaciones, y la dimensión transnacional de fenómenos sociales como las migraciones y los problemas ambientales, demuestran la imposibilidad de aislar lo social como un problema interno. Se abren importantes espacios para una cooperación internacional y regional en torno al desarrollo social.

Debemos desarrollar un nuevo enfoque para hacer frente a este reto. En mi concepto, el mayor desafío que tenemos por delante. Hay que descartar la visión de que el solo crecimiento económico generará nuevos equilibrios sociales, atenuará los abismos entre países desarrollados y en desarrollo y generará un mundo de paz y prosperidad. La experiencia ha demostrado la falacia de esas visiones. Ello no se logrará sin políticas eficaces de equidad social.

Estamos convencidos de que nuestros países disponen de un

amplio potencial de cooperación en el área del desarrollo social. Debemos transitar aceleradamente hacia el pronto establecimiento de un programa latinoamericano para fomentar la integración social. Nuestros expertos han logrado avanzar significativamente en este terreno en el seno del Grupo de Río. Hago un llamado a mis colegas para asumir plenamente este desafío, aportando sus experiencias y su voluntad política.

Señores Presidentes:

Nos espera un temario arduo pero de notable interés. Hoy más que nunca debemos procurar que el Grupo de Río esté a la altura de los desafíos que nos reclaman.

Chile es hoy un país abierto a la región y al mundo, que asume las responsabilidades que le corresponden como miembro de este Grupo. Apoyados en un proceso interno inspirado en los valores de la tolerancia, la reconciliación entre antiguos adversarios y la necesidad de grandes consensos nacionales, aspiramos a hacer nuestro aporte a un orden internacional más justo, que permita el desarrollo de la libertad y de la creatividad de nuestros ciudadanos.

Junto con ofrecer a las naciones hermanas de América Latina y el Caribe su hospitalidad para esta reunión, Chile compromete su decidida voluntad para seguir fortaleciendo las actividades de nuestro Mecanismo Permanente de Consulta y Coordinación Política.

Muchas gracias.

* * * * *

SANTIAGO, 15 de Octubre de 1993.

MLS/EMS.